

de Dios, es á los Germanos á quienes el mundo moderno debe el principio que constituye su vida y su fuerza. Al lado del elemento de diversidad existe el elemento de unidad, el cual tampoco dirá nadie que ha sido ignorado hasta el día que formularon los publicistas su sistema. En la Edad Media había una unidad mucho más acentuada que la mezquina unidad producto de intereses ó de odios comunes: la unidad cristiana se fundaba en creencias religiosas, y tenía por fin la asociación pacífica del género humano para conducir á los fieles al término de su destino, la salvación eterna. En los tiempos modernos se ha debilitado el vínculo de la fe; pero otros no menos fuertes ligan á los pueblos: el comercio tiene un poder que, en cierto sentido, falta á la religión, puesto que une á los pueblos á quienes separan las creencias, y al mismo tiempo que las mercancías, esparce las ideas. De ahí un movimiento inaudito en las relaciones internacionales, movimiento que prepara la futura unidad del género humano.

¿Cuál será la ley de la futura unidad? En la Edad Media no se concebía más ideal que el de la paz. Los escritores que ensalzan el equilibrio político como ley natural de los pueblos le atribuyen también el mérito de los sentimientos pacíficos que caracterizan á los pueblos modernos. Ese es un nuevo error. Ni la paz ni el principio de individualidad son fruto de un sistema político. Desde el día en que los hombres han comprendido que eran hermanos, tuvieron que reconocer que Dios los había criado para vivir en armonía y no para destruirse mutuamente. El movimiento industrial y comercial de los tiempos modernos ha dado á sus sentimientos una fuerza inmensa. Pero por más pacífica que sea la humanidad, no desiste de la guerra ni ve tampoco en la paz el fin de su existencia; ha puesto su ideal más alto, le ha fijado en el derecho y en la libertad; y en caso necesario sacrifica á esos bienes los intereses mismos del co-

mercio y de la industria. Si se hubiese tomado por lo serio el sistema de equilibrio llegaría á la paz á toda costa; y ¿qué hombre de corazón querría hacerse el defensor de una doctrina tan depresiva? En realidad, ese pretendido sistema jamás ha evitado la guerra; antes bien la ha provocado muchas veces, y ha llegado á ser una causa de división, en vez de ser una garantía de paz.

De todo lo dicho se desprende que el equilibrio no es la ley natural de los pueblos, y que las ventajas que se le atribuyen son fruto de la civilización moderna. El ideal para la organización de la humanidad, como para la de los Estados, estriba en la conciliación de los dos principios, el de diversidad y el de unidad. Dios la prepara favoreciendo el progreso de las naciones y multiplicando los vínculos que las unen. Cuando ese largo trabajo se haya acabado será únicamente cuando se pueda hablar de organización del género humano. La época histórica que nos ocupa está bien lejos de ese último término de nuestros destinos: las relaciones de los pueblos son hostiles, egoístas, y sus guerras son luchas brutales, interesadas, á las que no preside ninguna grande idea, ni siquiera una noble ambición. Felizmente hay un Dios que gobierna las cosas humanas y que las conduce á buen fin, á través de nuestro egoísmo y de nuestros extravíos. La historia es la revelación de los designios de la Providencia, y es también una prueba de la libre actividad del hombre; porque si algo prueba que los pueblos son libres, es el que no siempre quieren lo que Dios quiere. En cuanto al gobierno providencial, con tal evidencia se ostenta, que para negarle es necesario ser ciego; y nunca se revela con más claridad que cuando los hombres se ponen en oposición con los designios de Dios. ¡Bendigamos la mano de Aquel que nos conduce al término de nuestro destino, sirviéndose para ello de nuestros errores y hasta de nuestras pasiones!



CAPITULO II.

CARLOS V.

§ I.—La monarquía universal.

I.

¿Ha aspirado Carlos V á la monarquía universal? ¿Es por ventura una de esas grandes figuras que merecen ser colocadas al lado de las de Alejandro y de César? ¿Es acaso uno de esos elegidos de Dios á quienes saluda la humanidad con el nombre de héroes, y á los cuales perdona hasta el mal que la hacen en fuerza de la alta idea que de ellos forma? La respuesta de la posteridad á estas preguntas es bien diferente de la opinión que formaron los contemporáneos. Oigamos, por de pronto, la voz de los siglos sobre los designios del gran emperador; de ella resultará la apreciación del hombre, puesto que son los grandes designios los que hacen grandes hombres.

El acaso ó la Providencia parece que llamaba á la Casa de Austria para la monarquía universal: "Carlos V, dice *Montesquieu*, recogió la sucesión de Borgoña, de Castilla y de Aragón, llegó al imperio, y para procurarle un nuevo género de grandeza, se dilató la tierra y se vió aparecer un nuevo

mundo bajo su obediencia., Esa prodigiosa fortuna hirió la imaginación de los contemporáneos; y aún cuando la monarquía universal no se hubiese realizado nunca, era siempre considerada como un ideal; la Edad Media la había dado casi la importancia de un dogma; y la unidad de la fe cristiana destinada á esparcirse por el mundo entero, se creía que reclamaba la unidad política de la cristiandad. Los espíritus siempre crédulos gustan alimentarse de presagios y predicciones; y hubo también profecías que anunciaron "que Carlos V, después de haber sometido la España y las Galias, sería vencedor de los turcos, libertaría el sepulcro de Cristo y aseguraría el imperio del cristianismo., (1). Los poetas, que, según dice *Merceray* (2), son embusteros tan atrevidos como los adivinos, prometieron también á Carlos V el imperio del mundo. *Ariosto* ve la mano de Dios en el descubrimiento de la América: "Dios ha reservado al emperador

(1) Esas profecías las refiere *BAYLE* en su *Diccionario histórico*, t. II, en la palabra *Carlos V*, nota cc.

(2) *MEZERAY*, *Compendio histórico de la historia de Francia*, tomo IV, p. 591.

una gloria más grande que la de Augusto, sometiendo á sus leyes una tierra desconocida de los antiguos. ¿No es esta una señal de que ha llegado el tiempo en que los pueblos no formarán más que un solo rebaño bajo un solo pastor?, (1).

Los poetas no siempre son una raza de embusteros; cuando se hacen dignos de su mision, más bien parecen los profetas del porvenir. Pero el poeta italiano que cantó la gloria de Carlos V no tenía esa alta ambicion; Ariosto era más bien el cantor de lo pasado; y en sus encantadores versos sólo reprodujo, y sin tomarla seriamente, la parte fabulosa de la tradicion cabaleresca. Pero dejemos á un lado la poesia y los pronósticos; estamos al principio de una era política; oigamos á los hombres que lucharon con Carlos V, y veamos de qué le acusaban para sublevar la cristiandad contra él. Francisco I no cesa de inculpar á su poderoso rival por su aspiracion á la monarquía universal. "El emperador, dice, cree que es tal su destino; pretende quitar á todos la libertad, á sus amigos y á sus enemigos, y reinar solo en medio de la disolucion universal," (2). Lo que hacía hablar de este modo á Francisco I no era la pasion de la rivalidad, como pudiera creerse; su hijo hace las mismas acusaciones al emperador, no ya en manifiestos, sino en correspondencias secretas. Enrique II escribe á su embajador en Constantinopla: "La extremada ambicion que le abrasa (á Carlos V) le promete lo imposible, y no tendría bastante con la monarquía universal, si pudiera llegar á ella." El condestable de Francia escribe al cardenal de Tournon: "Todo es para él buena guerra con tal que logre lo que desea, que es la monarquía que siempre se ha prometido y con lo que está preocupado," (3). Tales eran las convicciones y los temores de todos los hombres de Estado. En 1539, el embajador de Francia en Roma escribe: "El papa y toda la corte romana tienen gran sospecha de que el emperador aspira á la monarquía," (4) El único de los reformadores dotado de genio político pensaba en ese punto como el papa. Zuinglio no se limitó á vagas declamaciones contra la ambicion de Carlos V, sino que concibió el atrevido designio de contener-

la, armando contra él á los Estados que se creían amenazados en su libertad y hasta en su existencia. Zuinglio se entendió con los más emprendedores príncipes protestantes; el *landgrave de Hesse* debía consultar y atraerse á los reyes, y el reformador se encargaba de las repúblicas; el pastor suizo comprendió que, si la libertad de las naciones desaparecía, la Reforma estaba también perdida (1). Zuinglio entró en relacion con los Venecianos, los políticos por excelencia del siglo XVI; y si hemos de juzgar por las relaciones de sus embajadores, hay que convenir en que lo único que les molestaba era el temor de una monarquía universal; pero lo que prueba que los proyectos no eran del todo quiméricos, es que entre los consejeros del emperador había un partido que le impulsaba á abatir el poder de la Francia para conquistar la monarquía del mundo (2).

Los historiadores contemporáneos abundan en esas opiniones. *Du Bellay* pinta la ambicion desmedida de Carlos V diciendo: "No desea más que el abatimiento, no solamente de los Turcos, sino de todos los príncipes, cualesquiera que sean sus títulos y sus creencias, con tal que de ello resulte su engrandecimiento," (3). "Si el gran emperador, dice *Brantome*, hubiese vivido cien años ágil y sano, hubiera sido un verdadero azote del mundo: tan grande era su ambicion. Había tomado por divisa las dos columnas con estas palabras: "Plus ultra," queriendo en esto sobrepujar y desafiar á Hércules... Sin nuestro gran rey Francisco, el emperador hubiera llegado al término de sus proyectos: cuantos pequeños príncipes hubieran querido oponérsele los hubiera derribado como cañas; el poder de éstos no hubiese tenido más alcance que el de los diablillos de Rabelais, que no hacían más que apedrear las berzas y el peregril de un huerto," (4).

II.

Las apariencias engañan frecuentemente á los contemporáneos, los cuales suelen tomar sus temores ó sus esperanzas por la realidad. En cambio la

(1) MERLE D'AUBIGNÉ, *Historia de la Reforma*, t. IV, p. 576 y siguientes.

(2) CONTARINI, 1525, en ALBERI, *Relazioni degli ambasciatori veneti*, serie 1.ª, t. II, p. 58.

(3) DU BELLAY, *Memorias*, véase á PETITOT, *Coleccion*, serie 1.ª, t. XIX, p. 345.

(4) BRANTÔME, *Vidas de los grandes capitanes Carlos V*

(1) ARIOSTO, *Orlando Furioso*, XV.

(2) Respuesta de Francisco I á las acusaciones de Carlos V, dirigida á Paulo III (LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, tomo III, p. 190).

(3) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 47 y 340.

(4) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. I, p. 451.

posteridad tropieza con otro escollo, del cual hay que precaverse en los juicios que forme sobre lo pasado; al ver que las previsiones de los hombres se devanecen como un sueño, se halla dispuesta á creer que no tuvieron fundamento alguno. ¿Acaso no es á esta ilusion histórica á la que hay que atribuir la desdeñosa apreciacion que hizo el siglo XVIII de los proyectos de Carlos V? Despues de algunas generaciones, la descendencia del gran emperador desapareció extenuada, y el anonadamiento de la familia real era la imagen del pueblo que gobernaban. Y cuando la España agonizaba con sus señores, ¿podía creer nadie que hubiera amenazado seriamente á la libertad de la Europa? El grave *Robertson* declara que no tuvo fundamento la opinion de que Carlos V aspiraba á la monarquía universal (1). *Voltaire* no ve más que una quimera en esa idea de monarquía: la conducta misma del emperador, dice, da un mentis perpetuo, puesto que, en vez de aprovecharse del asalto de Roma y de la cautividad del papa para conquistar la Italia, le devuelve la libertad por una miserable cantidad de oro, así como había devuelto la libertad á los hijos de Francia por unos cuantos millones de escudos (2). De hecho, los escritores del último siglo tienen razon: Carlos V no pertenecía á la raza de los Alejandro y de los Césares, y la España no tenía talla bastante para representar el papel de Roma. Pero ¿es esto decir que los contemporáneos le atribuyesen sin razon aquella ambicion peligrosa para la independencia de Europa? La monarquía universal no se reproducirá ya bajo las formas del poder romano; pero podrá suceder que un príncipe, sin dominar directamente el mundo, adquiere tal poder que la libertad de las demas naciones se vea comprometida. Si la voluntad de un Estado se sobrepusiese siempre á la de los demas, sus deseos vendrían á ser leyes y la independencia de los pueblos no sería más que un nombre vano. Hé aquí el peligro que más de una vez ha amenazado á Europa y que puede amenazarla todavía. ¿Tenía Carlos V la ambicion de dar á España esa preponderancia?

Cada siglo rehace la historia del pasado. La reaccion hácia el catolicismo y la Edad Media, que se ha verificado despues de las revoluciones de

nuestro tiempo, ha dado un nuevo esplendor á Carlos V, último de los príncipes que representa la unidad cristiana; y los neo-católicos, confundiendo su héroe con el catolicismo que quisieran restaurar, idealizan la figura del emperador: están de acuerdo con los escritores del último siglo en cuanto á negar que el rey de España pensó siquiera en establecer una monarquía universal: segun ellos, el ideal de aquel rey no era la conquista inseparable de la fuerza bruta, sino la paz en el seno del cristianismo y la guerra contra los infieles. Dentro de ese ideal, ¿cuál era el papel del imperio? Era la mision que el papado le tenía señalada: el emperador debía defender la Iglesia; pero si era el jefe temporal de la cristiandad, no por eso debía ser un monarca universal á la manera de los Césares romanos; debía ser, no el señor del mundo, sino el vicario de Jesucristo, teniendo á su lado otro vicario espiritual con el cual debía compartir la direccion de la sociedad cristiana. La unidad que tiene por órganos al papa y al emperador no tiende á despojar los pueblos de su independencia; constituye solamente un vínculo religioso y político á la vez que enlaza los diversos Estados, formando de ellos un cuerpo y dándoles un mismo espíritu y una misma tendencia. Si el jefe temporal de la cristiandad fuese un príncipe que ejerciera un poder absoluto en sus dominios, habría peligro de que la direccion de la cristiandad se trocára en tiranía, y, por consecuencia, en monarquía universal. Pero en la Casa de Austria no existía semejante peligro: sus territorios no tenían la unidad que da fuerza y tentacion de abusar; eran una federacion de pueblos que encontraban su unidad en el monarca á quien se habían sometido. Y ese es también, concluye *Schlegel*, el carácter de la unidad cristiana, la cual, lejos de absorber, respeta la individualidad (1).

El ideal que los neo-católicos suponen encarnado en Carlos V no es otro más que la idea del santo romano imperio, tal como fué desarrollado en la Edad Media bajo la influencia de la tradicion romana y de los sentimientos cristianos. Se puede asegurar, en efecto, que más bien que la doctrina moderna de una preponderancia política fué la teoría de la Edad Media la que inspiró á Carlos V.

(1) ROBERTSON, *Hist. de Carlos V*, lib. XII.

(2) VOLTAIRE, *Ensayo acerca de las costumbres*, c. CXXIV.

(1) SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte*, XI, XIII y XIV.

Cuando el joven rey de España fué elegido emperador, hacía ya mucho tiempo que el santo imperio romano no era más que un mito, sobre que nunca había tenido existencia real. Pero los Alemanes gustan mucho de esas vagas concepciones, y de ellas se alimentaban aún en la época en que el imperio no era más que la sombra de un sueño. En el siglo XV pasaba siempre el emperador por señor del mundo en su calidad de jefe temporal de toda la cristiandad, y su poder como tal se extendía sobre todos los príncipes: la España, la Francia y la Inglaterra eran dependencias del santo imperio. Poco importa que el hecho fuese contrario á tan soberbias pretensiones: el hecho no podía sobreponerse al derecho, y á un derecho tan incontestable como el derecho divino del papa (1). Los príncipes electores tomaban por lo serio su dignidad, y se comparaban muy modestamente al Senado de Roma y al pueblo rey, que daba señores al mundo (2). Entre el imperio de Alemania y la dominación de los Césares no había más diferencia sino la de que aquel tenía un carácter de sazidad que faltaba al otro (3). Por más que esas ideas fuesen perfectamente imaginarias, embargaban las imaginaciones, y se hicieron ostensibles por medio de actos solemnes con toda la autoridad de una antigua tradición al elegir emperador á Carlos V. El arzobispo de Maguncia hablaba al colegio de los electores, como si estuviese ante el *consejo supremo del universo* llamado á *deliberar sobre la salud del género humano* (4): el príncipe que iban á elegir, dijo, tendría que defender la Santa Iglesia y dirigir, además, la política de los reyes (5).

Los candidatos al imperio tampoco dejaban de lisonjear la vanidad del colegio electoral. ¿Quién no sabe que la costumbre de los que ambicionan cargos electivos es hacer la corte á sus electores? Los embajadores de Francisco I emplearon toda su elocuencia en describir la espectación y la ansiedad

(1) PETRUS DE ANDLO, *de Romano imperio*, II, 8: «Hodie pluri mi reges, plus de facto quam de jure, imperatorem in superiorem non agnoscent et suprema jura imperii usurpant.»

(2) PETRUS DE ANDLO, *de Romano imperio*, II, 3: «Isti principes electores successerunt in locum senatus populi que romani.»

(3) RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, tomo I, p. 52-55.

(4) Hé aquí las palabras de que usó el arzobispo: «Cogitate, omnium regum ac principum oculos in nos esse coniectos... an gravitatem tantam præstiterimus, quanta in hoc summo consilio orbis terrarum requiritur; an salutem orbis terrarum consulere voluerimus...» (GOLDAST, *Politica imperialis*, p. 113, 124).

(5) «Noster imperator eligitur ut sit dux publici consilii inter omnes reges» (GOLDAST, *Politica imperialis*, p. 113, 124).

de la cristiandad entera en vísperas de una elección que debía dar un jefe al mundo (1). Carlos V no tenía un temperamento tan entusiasta como su rival; y, sin embargo, en el discurso que pronunció en la dieta de Worms (1521) se ve que tenía una alta idea de la dignidad imperial. ¡Es tan dulce llamarse señor del mundo! El joven emperador recordó la antigua grandeza del imperio: «casi toda la tierra había sido sometida á sus leyes y parece que Dios mismo había consagrado su dominación.» Confesaba que el imperio de Alemania no tenía ya más que una sombra de su antiguo esplendor; pero esperaba que con el poder que Dios le había dado podría restablecer su antigua gloria (2). Esas palabras de Carlos V caracterizan su política y su ambición: con el buen sentido de su procedencia flamenca no podía tomar al pie de la letra las pretensiones con que se alimentaba la vanidad germánica; pero contaba con reivindicar los derechos reales anejos á la corona imperial. Jamás pensó tratar de *reyes provinciales* á los de Inglaterra y de Francia, como lo había hecho en otros tiempos la cancillería alemana; pero el imperio tenía derechos sobre la Italia, los tenía sobre el Mediodía de la Francia, que no había podido extinguir una larga usurpación, y el emperador esperaba hacerlos valer.

El año mismo en que Carlos V contrajo ante la dieta de Worms el compromiso de restablecer el imperio de Alemania á su primitiva grandeza celebró un tratado de alianza con Leon X encaminado á realizar sus ambiciosos designios. Descríbense estos en el preámbulo del tratado: «La cristiandad está desgarrada; los reyes, indifentes al bien general, no procuran más que el provecho particular de cada uno, y llevan su egoísmo hasta tal punto que los que no se encuentran en la vecindad de los Turcos miran la guerra contra los infieles como si no les afectara. Esa indiferencia culpable proviene de que el vínculo entre los príncipes y los jefes de la cristiandad está relajado; falta al emperador y al papa la autoridad necesaria para reprimir la insolencia de los reyes que, despreciando los intereses generales de la sociedad cristiana, están sólo atentos á satisfacer su ambición egoísta. Pero Dios ha puesto al papa y al emperador á la

(1) «Cui totius orbis habenas sitis credituri» (GOLDAST, *Politica imperialis*, p. 110).

(2) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 459.

cabeza de la cristiandad, y les pedirá cuenta del gobierno de las naciones que les ha confiado; á ellos toca, por consiguiente, velar por la salud de la república cristiana...»

Esto en cuanto á la teoría; por lo que hace al tratado, nos enseña de qué manera Leon X y Carlos V creían proveer á los intereses generales de la cristiandad. La Italia era codiciada por los Franceses desde Carlos VII: dueños de Milan y de Génova, amenazaban dominar toda la Península. El papa y el emperador se coaligaban para echar de Italia á los Franceses; pero no para restituirla su libertad, sino para ponerse en lugar de aquellos (1). Faltaba que reivindicar el antiguo reino de Arles, usurpado por los reyes de Francia, y la batalla de Pavía, con la prisión de Francisco I, permitían al vencedor ejecutar sus más ambiciosos designios. El emperador reclamó la Borgoña como herencia de sus padres, y reivindicó la Provenza y el Delfinado como dependencias del imperio (2). Si Carlos V hubiese triunfado, la Casa de Austria hubiera llegado á ser la única gran potencia del continente, y la monarquía universal se hubiera realizado en la esfera de lo posible. Para restablecer la unidad católica de la Edad Media se necesitaba, además, reprimir la herejía de Lutero; Carlos V pensó en ello desde su coronación, y en el tratado que concluyó con Leon X se consignó que el emperador emplearía todas sus fuerzas para hacer volver al seno de la Iglesia á los que osaban atacar el poder temporal del papa. Y tal fué el anhelo de toda su vida. Mas no era solamente el celo religioso el que lo inspiraba; comprendía bien que la unidad cristiana, cuya jefatura ambicionaba, no podía existir sin la unidad religiosa: sin papa no había emperador posible.

En el imperio de Alemania existía un gérmen de flaqueza; el poder material era vitalicio en tanto que los electores, y hasta el más pequeño de los príncipes, tenían una autoridad hereditaria. La fuerza de las cosas debía producir el acrecentamiento sucesivo del poder de los príncipes y reducir la dignidad imperial á un nombre vano. Cuando Carlos V consiguió vencer á los protestantes, pensó seriamente en hacer hereditario el imperio en la Casa de Austria; logró vencer para ello la

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, parte 3.ª, p. 96-99.

(2) BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinans*, t. II, p. 279.—GRANVELA, *Papeles de Estado*, t. I, p. 218.

resistencia de su hermano Fernando, y se formó un proyecto, según el cual la dignidad habría de alternar entre los miembros de la rama alemana y de la española, único medio de identificar los intereses de las dos ramas de la Casa de Austria. Pero Carlos V no había contado con la Alemania: la creía amenazada por la derrota de los protestantes y dispuesta á sufrir la dominación del vencedor, y se engañó en ello. El proyecto de herencia encontró una resistencia general; los Alemanes no querían emperador español, y ménos aún perpetuar el poder imperial en una familia universalmente testada (1). En cuanto á los protestantes, la insurrección de Mauricio de Sajonia probó á Carlos V que tampoco querían volverse á someter al yugo de Roma. Y en el momento en que el emperador creía tocar ya el fruto de sus esfuerzos, vió fracasar sus proyectos en todas sus partes. El santo imperio que había querido constituir se derrumbaba por todos lados; y, en efecto, Carlos V fué el último emperador.

Voltaire coloca á Carlos V al lado, y aún por cima de Carlo-Magno: «Ocupa éste, dice, el primer lugar en la memoria de los hombres como conquistador y fundador; el otro, con poder no ménos grande, desempeñó un papel mucho más difícil de sostener. Carlo-Magno no tuvo que combatir más que con Lombardos ya afeminados y con Sajones salvajes; Carlos V tuvo siempre sobre sí á la Francia, al imperio turco y á la mitad de la Alemania...» Nosotros creemos que la comparación, si se quisiese establecer, resultaría ventajosa para el emperador de los Francos. Uno y otro persiguieron un fantasma, la unidad romana; pero cuando Carlo-Magno estableció el imperio de Occidente, el feudalismo naciente amagaba fraccionar la Europa hasta el infinito, y se necesitaba un lazo para contener la disolución de la sociedad. Pero cuando Carlos V trató de reconstituir el imperio, ya no tenía razón de ser la unidad de la Edad Media; y era aquello tanto como pretender restituir la vida á lo que estaba muerto y á lo que había debido morir. Carlo-Magno dió el apoyo de su brazo al papado; y eso constituye su gloria, puesto que aseguró el porvenir del cristianismo: hé ahí por qué la humanidad le saluda todavía como un héroe civilizador. Carlos V también fué el defensor de la

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. V, p. 119 y siguientes.

santa sede; pero en el siglo XVI, los destinos del cristianismo no estaban ya ligados á la Iglesia romana; el verdadero espíritu cristiano se encontraba en el campo de la Reforma. Al tomar partido por aquélla contra ésta, el emperador pretendía hacer retroceder la humanidad á la Edad Media, tentativas retrógradas que fracasan siempre; y la historia rehúsa el título de grandes á los que abusan de su poder para impedir la marcha progresiva de los pueblos por la senda de la verdad. Y no tenía más mérito el sistema político de Carlos V que sus ideas religiosas; tampoco significaba más que un retroceso, toda vez que lo que se proponía restaurar era el viejo santo romano imperio; pero como la restauración de lo pasado no es jamás posible, los proyectos de Carlos V, si se hubiesen realizado, habrían producido una especie de monarquía universal. Supongamos que la Francia hubiera sucumbido: ¿quién hubiera podido resistir á un emperador hereditario de Alemania, rey y señor de Italia, de los Países-Bajos y de España? La monarquía de Carlos V habría detenido el progreso de las naciones, y comprimido la libertad de pensamiento y su benéfico desarrollo. ¡Bendigamos á Dios por haberse servido del interés de los príncipes para combatir una ambición que en todas las cosas hubiera sido un obstáculo á los progresos de la humanidad!

§ II. - Oposición de las naciones.

Los historiadores políticos atribuyen al reinado de Carlos V el establecimiento del equilibrio europeo. "Antes de él, dice Robertson, los Estados de Europa se hallaban desunidos y aislados; desde el advenimiento de Carlos V se unieron por medio de tan íntimos vínculos que se les ve formar como una gran república, y velar con tan diligente cuidado por su independencia, que, á pesar de las infinitas guerras que han agitado posteriormente á la Europa, los Estados europeos se han mantenido poco más ó menos como estaban formados en el siglo XVI," (1). El atribuir á plan sistemático las guerras que señalaron el reinado de Carlos V es aventurar demasiado. Ciertamente entonces comienzan á germinar las ideas de equilibrio; ya en el siglo XV habían practicado los

(1) ROBERTSON, *Ilist. de Carlos V*, lib. XII.

Italianos el sistema bien natural de estorbar la concentración de un gran poder en las manos de un solo Estado. Y cuando al comienzo de la Edad moderna invadieron los Franceses la Italia, los pequeños reinos que allí se habían formado buscaron su salvación coaligándose contra la ambición francesa. El advenimiento de Carlos V dió otra dirección á sus temores. Establecido en Milan y en Nápoles el poderoso emperador, tenía encerrada la Península y amenazaba ahogarla entre sus brazos. Se comprende perfectamente, como decía un embajador francés, que los príncipes italianos viesen en la Francia "el principal y acaso el único obstáculo que impedir podía al emperador dar libre curso á su ambición," (1). Tenían, por lo tanto, aquellos príncipes verdadero interés en que la Francia se conservase en todo su vigor, como que era la garantía de su seguridad contra el emperador. Tal fué la idea del equilibrio, aun cuando no se pronunciase la palabra. No tardó en pronunciarse; y ¡cosa singular! fué una mujer, la gobernadora de los Países-Bajos, una de las muchas diplomáticas de corsé, que por aquellos tiempos produjo la Casa de Austria, la que pronunció la frase. María, reina de Hungría, escribe en 1553 que la mayor parte de los príncipes permanecían neutrales en la lucha empeñada entre España y Francia, "porque el temor que les infundía la grandeza de los adversarios les inclinaba, dice, á contrabalancear su poder," (2).

Hé ahí, se dirá, la palabra y la cosa; pero sería un error. En realidad, las continuadas luchas entre Carlos V y Francisco I, en las cuales más de una vez intervinieron Enrique VIII y Solimán, fueron luchas de ambición y de una ambición frecuentemente inconsiderada. Un gran historiador, Mr. Guizot, ensalza el haberse hecho hereditaria la monarquía como principio y fundamento de la unidad y de la grandeza de los Estados modernos. Que la herencia del poder supremo sea un elemento de fuerza, nadie lo puede negar; pero la medalla tiene su reverso allí donde los reyes gobiernan sin la intervención del país, y esto sucedía en el siglo XVI en toda la Europa: las instituciones feudales desaparecían en todas partes en provecho del

(1) Carta del embajador francés en Venecia, año 1549 (CHARBIERE, *Negociaciones de Francia con los países de Levante*, t. II, página 99.

(2) GRANVELA, *Papeles de Estado*, t. IV, p. 121.

poder absoluto de los reyes. La monarquía absoluta parece á primera vista que es una causa de engrandecimiento; pero la historia atestigua en cada una de sus páginas, que es, por el contrario, un germen de enflaquecimiento; cierto es que da una fuerza inmensa al príncipe, pero pone esa fuerza á disposición de las pasiones, y son siempre los malos instintos los que se sobreponen en el hombre que tiene el derecho de decir: "el Estado soy yo." Puede suceder que el egoísmo monárquico responda al interés de las naciones; pero será efecto del acaso, si es que no de la Providencia, la cual suele servirse de nuestros errores y hasta de nuestros crímenes para cumplir sus designios. Esto no obsta para que la política de los reyes sea esencialmente personal, y los derechos y las necesidades de los pueblos no sean más que un instrumento en sus manos.

Se ha decorado con el bello nombre de política nacional la ambición de los príncipes que procuran dilatar sus fronteras; pero más bien se debería decir que han sido las naciones las víctimas de esa fiebre de conquistas. Nada más impolítico que la política de Francisco I; nada más caprichoso ni más miserable que la política de Enrique VIII. Se les atribuye una prevision que no tenían cuando se dice que sus guerras fueron inspiradas por la idea de la conservación; nunca se elevaron aquellos reyes á la idea de una balanza de poder. Sin duda que el resultado de su larga rivalidad fué contener los proyectos de Carlos V y consolidar las nacionalidades; pero esta fué obra de Dios, cuyo mérito no hay que atribuir á los hombres. Ni aun podía en el siglo XVI pensarse en una oposición real de las naciones contra la tentativa de restauración del imperio, porque todavía las naciones no tenían órganos. Y aun dando de barato que existiera la oposición de las nacionalidades á la monarquía universal de la Casa de Austria, todavía tendríamos que atribuir esas altas miras á la Providencia. La historia nos ha enseñado lo que Dios quiso; vamos ahora á ver lo que querían los hombres.

N.º 1. — La Francia.

Cuando se compara la Francia y la España en la primera mitad del siglo XVI, causa admiración el que los historiadores hayan acusado á la Casa de Austria de haber aspirado á la monarquía univer-

sal; más bien podría creerse que correspondía á su rival tan ambiciosa pretensión. La Francia tenía desde aquella época todos los elementos de poder que hoy la aseguran el primer puesto entre los grandes Estados: una población guerrera por excelencia, un territorio de admirable riqueza, y, sobre todo, el genio de la unidad. Los enviados venecianos, observadores tan finos y tan exactos, lo advirtieron con suma perspicacia: "El rey de España, dicen, tiene muchos reinos, pero desunidos todos. El rey de Francia tiene un solo reino, pero bien unido y obediente; sus once provincias son otros tantos miembros vigorosos de un solo cuerpo, que se comunican mutuamente la fuerza y la vida," (1). Los venecianos colocan sin vacilar la Francia por cima de todos los reinos de la cristiandad (2); dicen que de todos los Estados era el más á propósito para hacer conquistas (3). ¡Cosa singular! Denotan temer más la ambición de Francia que la de España, y uno de ellos, *Marino Cavalli*, escribe en 1546 que la Francia habría marchado á grandes pasos tras la monarquía universal á no ser el obstáculo que encontró en la rivalidad de Carlos V (4). De esta manera el embajador de Venecia destruye la tesis adoptada por la historia: según él, no es Francisco I quien ha salvado á la Europa de la monarquía de Carlos V, sino el emperador el que ha impedido la dominación de la monarquía francesa. Los hechos han dado la razón al diplomático italiano; si la Europa tiene que temer por su libertad, el peligro no la viene de España, sino de Francia.

En apariencia, sin embargo, la opinión de *Marino Cavalli* era una paradoja. Escribía en 1546: algunos años después la Francia se veía desgarrada por la guerra civil, y el rey de España pensaba seriamente en colocar sobre su cabeza la corona de los Valois. En realidad, la flaqueza momentánea de la Francia, en la segunda mitad del siglo XVI, sirve de apoyo á la tesis de los enviados venecianos; porque precisamente por hallarse debilitada á consecuencia de las disensiones religiosas fué

(1) MARINO CAVALLI, 1546, véase á ALBERI, *Relazioni*, I, 1, páginas 232, 235; MICHELE SORIANO, 1559, en ALBERI, I, 3, 375; ID., 1561, en TOMASEO, *Memorias de los embajadores venecianos*, tomo I, p. 473.

(2) JUAN LIPOMANO, 1577, dice que la Francia es "spín considerabili d'ogni altro regno, d'ogni altro imperio, e d'ogni altra monarchia" (TOMASEO, II, 546).

(3) BARBARO, 1563, en TOMASEO, II, 16.

(4) MARINO CAVALLI, en ALBERI, I, 1, p. 232, 235, y en TOMASEO, I, 270, 276.